

lers imperiales en dinero para él y sus sucesores (1). El elector pactó con sus demás hermanos convenios análogos en los que les señalaba dotaciones proporcionalmente más reducidas que a Felipe Guillermo.

En otro capítulo hemos tratado de la parte que Federico III tomó en las guerras europeas que terminaron con la paz de Ryswick. Las tropas brandeburguesas habían conquistado gloriosos laureles así en la lucha contra Luis XIV como en Hungría guerreando contra los turcos, y la política de Brandeburgo había intervenido en las grandes cuestiones europeas que se ventilaban siguiendo la senda que el gran Elector trazara, por mas que no pueda decirse que representara en ellas un importante papel, pues su influencia en la gran dirección política era escasa. Desde el punto de vista militar, Brandeburgo había alcanzado honores en todas partes, pero después de las acciones libradas en 1689 en el bajo Rin, de las que ya hemos hablado, su actividad guerrera habíase manifestado especialmente en los Países Bajos, siendo muy poca la participación que tuvo en las grandes luchas alemanas del Rin central y del Sudoeste del Imperio. Brandeburgo se apoyaba militar y políticamente en la alianza Orange-Inglaterra, en pro de la cual empleaba la mayor parte de sus fuerzas, y ya se comprenderá que por la misma naturaleza de las cosas ocupaba respecto de aquellas potencias un lugar secundario.

Otros asuntos llamaban también entonces la atención de la corte de Berlín. No es posible hablar de los diez primeros años de aquel gobierno sin mencionar al hombre que estaba al lado del elector como uno de sus más influyentes consejeros, Eberhardo de Danckelmann, que nació en 1643 y falleció en 1722. Oriundo del condado de Lingen perteneciente a la casa de Orange, había sido llamado en 1663 a Berlín para hacerse cargo de la educación de los hijos del elector, cargo en el cual dió pruebas de su carácter áspero y severo: era un profesor inexorablemente escrupuloso, cuya rígida constancia llegaba a veces a ser repulsiva; pero los resultados hablaban en favor suyo. El joven príncipe Federico manifestaba cada día mayor adhesión a Danckelmann, el cual durante una grave enfermedad salvó al parecer la vida de su discípulo aplicándole oportunamente una sangría. Al morir en 1674 el príncipe electoral Carlos Emilio, la misión del maestro adquirió mayor responsabilidad; su situación, aunque se hizo más difícil, tomó también mayor importancia, y en la misma proporción que se aumentaban su importancia y su responsabilidad crecía el afecto que su discípulo le profesaba. Concluida su educación el príncipe quiso conservar a su lado a Danckelmann, de quien recibió consejos y enseñanzas que constituyeron su educación política. Tuvo asimismo el profesor ocasiones frecuentes de intervenir en las enojosas contiendas de familia que surgían entre el padre, el hijo y la madrastra. Como prueba del temor respetuoso que hacía el severo maestro sentía el discípulo, podemos citar el hecho de que cuando Federico, siendo príncipe electoral, dió aquel paso atrevido de firmar el famoso documento relativo a la devolución del círculo de Schwiebus al emperador (2), hizo lo a espaldas de Danckelmann y vaciló mucho tiempo antes de confesarle el secreto.

(1) Véase Morner: *Tratados del Estado*, pág. 789. Entre las ventajitas concedidas al margrave Felipe Guillermo figura la posesión de los señorios de Schwedt y Vierrades, considerados como fideicomisos familiares, que antes habían sido adjudicados a la electora Dorotea y que dieron nombre a una línea de los margraves de Brandeburgo-Schwedt, que se extinguió en 1788. La posesión de este fideicomiso familiar no entrañaba en manera alguna la menor soberanía. Acerca de las relaciones de derecho, véase Schulze: *Las leyes familiares*, etc., tomo III, página 582.

(2) Véase págs. 267 y 268.

Apenas llegó al gobierno, Federico III dió a comprender claramente que entre todos los hombres que le rodeaban el que poseía toda su confianza era el que había dirigido su juventud. Danckelmann vióse colmado de honores y de influyentes cargos y por espacio de muchos años fué el verdadero jefe del Estado así en lo que se refería a la política extranjera como en lo que se relacionaba con los más importantes ramos de la administración interior. En el verano de 1695 el elector nombró presidente supremo, empleando con tal motivo fórmulas inusitadas para mostrarle su favor y su confianza: con aquel cargo el soberano ponía en sus manos la responsabilidad de la alta dirección de todos los negocios.

Sobre todos estos años de la administración de Danckelmann irradia cierto esplendor de grandiosa opulencia que, por vez primera en aquel Estado, se reflejó a la par que en los intereses materiales en los morales. El Estado del gran Elector no se había desentendido de estos últimos, pero tampoco los había atendido con preferencia ni había consagrado a ellos más que recursos relativamente escasos. El nuevo régimen emprendió nuevos derroteros: no fué el único de éstos la pompa a menudo sobrado costosa de que se revistieron la corte y la vida cortesana de Berlín, sino que así el príncipe como su esposa, la güelfa Sofía Carlota, joven dotada de gran talento, como su ilustrado ministro Danckelmann, sintieron al propio tiempo la necesidad de una representación moral digna de aquel fausto.

El gran Elector nombró a Samuel Pufendorf su historiador, y algunos meses antes de su muerte llamó a Berlín a aquel sabio que residía en Suecia; pero la realización de la obra histórica monumental corresponde al período del gobierno de Federico III y la casi absoluta libertad en que se dejó al historiador oficial para utilizar los más secretos documentos del archivo demuestra la elevación de ideas con que se miraba aquella tarea. Pufendorf llevó a cabo tan colosal trabajo en los cinco años que mediaron desde 1688 a 1693 y luego recibió el encargo de escribir del mismo modo la historia del gobierno del propio Federico. Inmediatamente puso manos a la obra en la cual se ocupó hasta su muerte acaecida al año siguiente (16 de octubre de 1694) (3).

La fundación de la universidad de Halle fué también proyectada por el gran Elector, el cual pudo sentirse en primer término impulsado a crear este establecimiento docente por la necesidad práctica de poseer en el país una escuela de teología propia, de tendencias tolerantes. En Leipzig y en Wittemberg dominaba, protegida por el gobierno sajón y con carta de naturaleza en ambas ciudades, la secta de la más rigurosa ortodoxia luterana con toda su fanática intolerancia; en Berlín prevalecía la tendencia teológica pacífica que había personificado ya el gran Elector, pero que había sido poco fomentada por éste desde el momento en que los jóvenes teólogos brandeburgueses pertenecientes a la confesión luterana se veían obligados a seguir sus estudios en Leipzig ó en Wittemberg. Entonces precisamente tomaba cada día mayor incremento la nueva secta del «pietismo» fundada por Felipe Jacobo Spener (4), que tendía al cristianismo espiritual íntimamente sentido, se mantenía apartada de las refidas controversias teológicas a la sazón imperantes y no consignaba en su programa el principio de la unión protestante, aunque no era contraria a ella. Era aquella secta, en suma, una nueva especie de teología alemana que en sus comienzos parecía más edificante y más rica en esperanzas de lo que fué en su ulterior desarrollo.

(3) Véase Droysen: *Para la crítica de Pufendorf (Disertaciones para la historia moderna)*, pág. 309. Véase también Treitschke: *Samuel Pufendorf (Anuarios prusianos)*, 1875.

(4) Véase pág. 178.

Durante algunos años, Spener, llamado como predicador de la corte a Dresde (1686) y en continuo contacto allí con el cuartel general del luteranismo ortodoxo, trató de conquistar para sus nuevas doctrinas el territorio central del protestantismo alemán, pero fracasó en su empresa y hubo de ceder ante la irreconciliable enemistad del fanático Carpzow. Muy pronto, sin embargo, su actividad halló nuevo campo en Berlín, adonde fué como consejero consistorial y predicador de la iglesia de San Nicolás. De sus tendencias religiosas participaban los dos hombres que unidos a él dieron el impulso decisivo para la fundación de la universidad luterana de Halle.

En esta ciudad y merced a la influencia de Spener, halló refugio (1692), como pastor y como catedrático de teología de la universidad que acababa de fundarse, Augusto Hermann Francke, aquel joven y piadoso teólogo cuyas concurrencias explicaciones en Leipzig de tal manera concitaron en su contra la envidiosa animosidad del profesorado ortodoxo, que le fué prohibido continuarlas; y aquel sabio sacerdote fué perseguido hasta en Erfurt, en donde se refugió al salir de Leipzig, por el odio de sus fanáticos enemigos que lograron su expulsión de aquel territorio. Al mismo tiempo que él trasladóse a Halle el profesor de derecho de Leipzig, Cristian Thomasius, el ilustrado y científico utilitario, el atrevido innovador amante de la controversia, el que en tantas esferas del saber humano siguió siempre su camino propio atrayéndose con ello tantas enemistades, inclusa la de la ortodoxia de Leipzig, el que dió las primeras lecciones en alemán en una universidad alemana y publicó la primera revista literaria en aquel idioma. Thomasius, a quien era ya imposible seguir viviendo en Leipzig y a quien acompañaba numerosa hueste de oyentes, estableció su cátedra en Halle, y poco después se verificó la verdadera fundación de la universidad que vino a sustituir al Liceo para jóvenes nobles que hasta entonces había funcionado (junio de 1692). A los dos años, en 11 de julio de 1694, aniversario de su natalicio, el elector Federico III procedió personalmente a la solemne consagración de la nueva universidad de la que nombró rector al joven príncipe electoral Federico Guillermo y que desde un principio vióse extraordinariamente concurrida. Su primer canciller fué Veit Luis de Seckendorf, y la actividad de Francke, el fundador de la Casa de expositos, y de Thomasius, el atrevido reformador, señalaron las esferas de estudio en las cuales adquirió desde luego una autoridad que se extendía hasta muy lejos y que conservó por largo tiempo, a saber: teología tolerante y puramente científica, y jurisprudencia y ciencias políticas fecundas en ideas y completamente contrarias a la escolástica hasta entonces dominante.

Con igual celo atendió el nuevo gobierno a las bellas artes. Berlín comenzaba ya a ser una ciudad artísticamente hermosa (1), y a ello había tendido la gestión del gran Elector en sus últimos tiempos. Federico III, su esposa Sofía Carlota, su ministro Danckelmann y otros impulsaron en todos sentidos este movimiento con tanto interés como inteligencia, y en su capital surgió la vida artística en todas sus manifestaciones. Arquitectos, pintores, grabadores y medallistas alemanes, franceses y holandeses tuvieron allí ocupación en grande, siendo aquella la época de los Nering, Schluter, Cosander de Goethe, Juan de Bodt, Simon Godeau (el jardinero del género de Le Notre, el creador de Versailles), Hulot, Falz y otros, que permanente ó temporalmente trabajaron en Berlín. Estos esfuerzos tenían su centro en la Academia de Bellas Artes montada al estilo de la de París y de la cual era

(1) Nicolai: *Descripción de Berlín y Postdam*, 1786; Woltmann: *Historia arquitectónica de Berlín hasta la actualidad* (Berlín, 1872); Gutlitt: *Andrés Schluter*, pág. 52.

de esperar que saldrían no pocos artistas educados en los buenos principios. En esta vida artística por la corte fomentada tuvo también un lugar importante la música, gracias especialmente al inteligente interés que por ella mostró la electora Sofía Carlota.

No podemos describir en sus detalles el cuadro que, gracias a estos múltiples esfuerzos, ofrecía la capital de Brandeburgo. Mas no debemos pasar en silencio un hecho de tanta importancia como fué que Leibniz, el gran genio científico de aquel siglo, entrara desde Hannover en relaciones con la corte berlinese; y aunque el primer móvil de tales relaciones fueron tal vez ciertos intereses é intrigas de la política dinástica de los Güelfos (2), no puede negarse que tuvieron consecuencias trascendentales. En aquel tiempo volvieron a producirse las interesantes tentativas para conseguir la unión de las iglesias católica y protestante, tentativas en las cuales intervinieron Leibniz y temporalmente Bossuet. Al fracasar este propósito, volvióse a suscitar con tanto mayor empeño la antigua idea de unir a las dos confesiones protestantes, y a éste fin pusieron en relación Leibniz con el obispo inglés Burnet, y otros con los profesores de la universidad de Ginebra. Largos años duraron estas negociaciones cuyo valor é importancia son innegables aun cuando no se vieran coronadas por el éxito, pues con ocasión de ellas Alemania fijó su atención en las notables *Societies for the reformation of manners* (Sociedades para la reforma de las costumbres) que se acababan de fundar en Inglaterra para combatir la corrupción general, y en Berlín y en otras poblaciones se intentó la implantación en Alemania de tan saludables organismos (3).

La presencia de Leibniz en Berlín estaba relacionada también con planes é impulsos científicos de gran importancia. Seguidamente y uno detrás de otro escribió Leibniz casi a raíz de la paz de Ryswick (1697) y en lengua alemana muchos de sus principales trabajos, íntimamente enlazados con sus proyectos de fundar una Academia alemana y que eran expresión viva de la cooperación de los esfuerzos científico-literarios y político-nacionales por él en todas partes proclamada y defendida. Entre esos trabajos merecen citarse especialmente su «Excitación a los alemanes para que hiciesen mejor uso de su talento y de su idioma, y proyecto de una Sociedad alemana en su espíritu» y su excelente obra *«Ideas no prematuras acerca del uso y mejoramiento del idioma alemán»*, escrita poco después de aquella. Esta misión con entusiasmo abrazada de atender de una manera sistemática y nacional al idioma y de fomentar el estudio de la historia alemana, unida a los problemas prácticos y científico-naturales cuya solución se imponía, como por ejemplo la reforma del calendario, engendró el plan de la Academia de Ciencias de Berlín que, concebido por Leibniz y apoyado eficazmente por la electora Sofía Carlota, fué llevado a cabo por el elector Federico III,

(2) Guhrauer: *Leibniz*, tomo II, pág. 162.

(3) La noticia más antigua acerca de estas tentativas, hasta ahora poco estudiadas, para obtener una reforma de las costumbres por otros medios que la disciplina eclesiástica, la encuentro en los *Diaries and correspondence* (Londres, 1859), tomo II, pág. 369, del año 1699 y siguientes, de John Evelyn. Sobre este asunto hay multitud de tratados ingleses, algunos de los cuales han sido traducidos al alemán. Augusto Hermann Francke y Jablonski, el predicador de la corte en Berlín, estaban en relaciones con los que en Inglaterra trabajaban en la empresa de aquellas sociedades, y en Nuremberg fundóse una de éstas al estilo de las inglesas. Muchos y para Alemania interesantes datos contiene también un tratado, cuya duodécima edición aumentada publicó en Londres en 1704, *An account of the progress of the reformation of manners in England, Scotland and Ireland and others parts of Europe and America*, etc. (Relación de los progresos de la reforma de costumbres en Inglaterra, Escocia é Irlanda y en otras partes de Europa y América, etc.) El notable movimiento intelectual requiere estudio más detenido.

el cual en julio de 1700 firmó la carta de fundación y nombró á Leibniz presidente de la «Sociedad.»

Varias fueron las causas que impidieron que aquella institución mostrara una actividad respetable, pero de todas suertes su fundación fué un acto verdaderamente importante: el simple hecho de que surgiera en Berlín aquella Academia de Ciencias presidida por el gran sabio alemán era una es-

pecie de conquista moral de la hegemonía. Y no fué esto solo, sino que el Estado prusiano-brandeburgués ejerció por vez primera en aquellos tiempos, aunque por corto plazo, una fuerza de atracción sobre todos los grandes talentos de la nación, habiéndose observado que el rápido encumbramiento de Brandeburgo perjudicó de una manera sensible á la prepotencia intelectual de que hasta entonces habían gozado la



Augusto Hermann Francke. Facsímile reducido de un grabado de Bernardo Vogel (1683-1737)

Sajonia electoral y su universidad de Leipzig. En efecto, Pufendorf, Leibniz y Thomasius eran oriundos de Sajonia y encontraron en Brandeburgo la esfera de su actividad; también podemos citar en este sentido á Seckendorf y asimismo á Spener, Francke y el médico Stahl que se trasladaron desde Dresde y Leipzig á Berlín y Halle, á quienes siguió después el filósofo Cristian Wolf (1). Parecía, pues, que la dirección intelectual de la Alemania protestante había de pasar á manos de Brandeburgo. Veinte años después inicióse el movimiento en sentido contrario cuando el prusiano del Este, Gottsched, huyendo del reclutamiento del rey Federico Guillermo I se refugió en Leipzig y contribuyó á que aquella

(1) Véase Roscher: *Historia de la economía nacional en Alemania*, página 340.

universidad recobrará una buena parte de su antigua supremacía. Pero de todos modos serán siempre dignos de alabanza el gobierno de Federico III y la energía que á su lado y bajo su dirección se desplegó, y siempre habrá que agradecerles el hecho de que se hiciera por vez primera en aquel país la tentativa, quizás prematura, pero de no insignificantes consecuencias, de inyectar en las venas del Estado militar y burocrático brandeburgués, que tenía algo de espartano, algunas gotas de sangre ateniense y de hacerle saborear al propio tiempo los beneficios de las tendencias ideales, artísticas y científicas.

El gobierno de Federico III no merece igual favorable concepto en todos sus aspectos. La enojosa contienda con la corte imperial respecto de la restitución del pequeño terri-

torio de Schwiebus y del cumplimiento del compromiso firmado por el príncipe electoral sobre este particular duró muchos años (1). El proceder del príncipe al firmar este ominoso documento, si no había sido del todo censurable, por lo menos tenía, desde algún punto de vista, cierta disculpa y quizás no merecía ser calificado en absoluto de inoportuno; en cambio la conducta que siguió en este asunto siendo elec-

tor fué poco digna y afortunada. Era imposible evitar por medios legales y justos el cumplimiento de la promesa escrita que había firmado con conocimiento bastante de la situación y sobre todo de las consecuencias que necesariamente había de llevar consigo aquel acto. El mismo Federico III, después de la muerte de su padre, opinaba que debía darse satisfacción á las pretensiones del emperador en aquel docu-



Cristian Thomasius. Facsímile reducido de un grabado de Pedro Schenck (1645-1715)

mento fundadas, y que por tanto debía serle restituído el círculo de Schwiebus, y no solo opinaba así, sino que estaba resuelto á obrar en consonancia con tal opinión. Pero en cuanto el elector, vencida la repugnancia que antes sentía, hubo confesado aquel acto funesto realizado secretamente á Dankelmann y á los demás ministros, el asunto antes tan sencillo tomó las proporciones de un gran negocio político. Dijeron los consejeros de Federico, y éste se dejó convencer por sus peligrosas sutilezas, que el elector no estaba obligado á cumplir el compromiso escrito que, siendo todavía príncipe electoral había firmado, y la cuestión de Schwiebus, á pesar del documento y de la firma existentes, fué considerada como

(1) Véase pág. 268.

cuestión libre y en su consecuencia la devolución de aquel territorio se hizo depender de ciertas pretensiones mutuas y del cumplimiento de determinadas condiciones. Así sucedió que esta contienda sobre un territorio que en sí mismo no valía gran cosa, fué en los siguientes años objeto de largas y muy enojosas negociaciones entre las cortes de Berlín y de Viena y se enlazó con todas las cuestiones políticas importantes de aquel período, con la elección del rey José I, con el asunto del electorado de Hannover, con las prestaciones de Brandeburgo para la guerra de Turquía y aun con la situación que este electorado adoptó en la guerra contra Francia. Prescindiendo de los detalles de esta lucha funesta (2),

(2) Están expuestos con imparcialidad en la obra de Pribram: *Austria y Brandeburgo, 1688-1700*, págs. 10, 35, 70 y 90.

diremos que la tenacidad con que el gobierno austriaco defendió sus derechos acabó por triunfar de la del gabinete berlinés. La atención de Federico III hallábase ocupada por otro proyecto para cuya realización necesitaba la aquiescencia del emperador: en efecto, habían comenzado las negociaciones para el logro de la corona real. En 20 de diciembre de 1694 quedó terminada la difícil cuestión de Schwiebus, consintiendo Federico III en devolver este círculo al emperador y otorgándole éste en cambio el título de «duque de Prusia» que hasta entonces no había querido reconocerle (1). Pocos días después (10 de enero de 1695) se verificó el acto de la entrega de aquel territorio á los comisarios imperiales, y los habitantes de Schwiebus, protestantes en su mayor parte, que sometidos á la soberanía brandeburguesa habíanse visto durante nueve años libres de la dura opresión religiosa de las autoridades austriacas, volvieron muy á su pesar á ponerse bajo el yugo del antiguo gobierno. La cuestión brandeburgo-silesia parecía definitivamente resuelta.

Por aquel tiempo comenzó á tomar cuerpo en la corte de Berlín el plan de obtener la dignidad real (2).

Este pensamiento no era completamente nuevo en la casa de Hohenzollern, pues con mucha frecuencia poetas y astrólogos, que no hacían más que decir en alta voz lo que silenciosamente se meditaba, habían predicho á la dinastía de Brandeburgo que ceñiría una diadema real ó quizás imperial (3), y en casi todas las elecciones de rey que se verificaban en Polonia, entre los nombres de los candidatos posibles sonaba el del duque de Prusia; pero nunca se habían manifestado por la corte intenciones formales en tal sentido. Las noticias, por algunos creídas, de que el gran Elector había acariciado el plan de elevar su Estado á la categoría de reino y de que Luis XIV le había incitado á ello, descansan en testimonios poco fidedignos y están desmentidas por los documentos que existen acerca de las relaciones que entre ambos soberanos mediaron. Menos creíble es todavía que la corte imperial tomara la iniciativa y diera sobre el particular esperanzas á la de Berlín (4).

Federico III fué quien primero concibió el proyecto, y ya hemos visto cuán de acuerdo estaba así con la opinión general de la época como con las ideas personales de este príncipe el tratar una cuestión de esta índole con toda la energía digna de un asunto de capital y decisiva importancia. Las discusiones sobre categorías y ceremonias estaban al orden del día: al gran Elector habíale costado no pocos esfuerzos conseguir que Luis XIV le llamara en sus cartas «mon frère»; las disputas por la cuestión de los títulos y de la categoría de los embajadores hacíanse interminables; la república de Venecia exigía para sus embajadores la preeminencia sobre los de los electores, fundándose en que durante un siglo había poseído el reino de Chipre; el duque de Saboya pretendía para sí el título de Alteza Real, porque... tenía derechos sobre el citado reino; el gran duque de Toscana no se quedaba atrás, y la corte imperial creía tener motivos para mostrarse complaciente con estos italianos mientras que en el Imperio estas complacencias producían el mayor

(1) El tratado de 20 de diciembre de 1694 se encuentra en Morner, pág. 798: el proyecto redactado por Brandeburgo que contiene las primitivas exigencias de éste, notablemente reducidas, puede verse en la citada obra de Pribram, pág. 223.

(2) Además de Ranke y Droysen, véase especialmente la obra de Pribram, pág. 115. Véase también Waddington: *L'acquisition de la couronne royale de Prusse*, etc. Paris, 1888.

(3) Véase, por ejemplo: *Actas y documentos*, tomo VI, pág. 90, en donde un astrólogo de la corte, natural de Koenigsberg, pronostica al elector «que sería rey de Romanos».

(4) Véase pág. 267.

descontento. En el congreso de la paz de Nimega, la cuestión de los privilegios de categoría de los electores había sido origen de los más enconados debates que se reprodujeron en el de la paz de Ryswick.

Federico III esperaba sobreponerse á todas estas diferencias si conseguía el título real para su casa: contaba para ello con las necesarias bases materiales, como eran un vasto territorio, recursos pecuniarios suficientes y un ejército numeroso. Por esto en una nota escrita de su puño y letra decía: «Si tengo todo lo que exige la dignidad real, aun más que otros muchos reyes, ¿por qué no he de procurar conquistar también el nombre de rey?... Y así como el elector Federico I trajo á mi familia la dignidad electoral, quisiera yo traer á ella la dignidad real, como Federico III, para que pudiera decirse *omne trinum perfectum* (5).» El encumbramiento de la casa de Hannover al electorado, que él mismo había favorecido, fué al propio tiempo un aguijón para intentar en favor de Brandeburgo un paso hácia arriba, á fin de que no se alterara la distancia que hasta entonces había mediado entre Brandeburgo y su rival, la casa de los Güelfos.

¿Por qué caminos había de llegarse al fin deseado?

Hay que hacer constar muy especialmente que el elector Federico y sus consejeros habían creído siempre que la condición previa é indispensable para la realización de la obra era el consentimiento y el reconocimiento del emperador: por esto se habían hecho en Viena las primeras insinuaciones y en Viena las negociaciones habían llegado á su término. La intervención de negociadores secretos cerca de la curia romana, punto acerca del cual hablaremos más adelante, no tiene más importancia que la de un episodio ocurrido en el último estado del asunto, episodio que no tuvo en él influencia alguna decisiva.

Es de suponer que Federico III acarició, desde los primeros días de su gobierno, el proyecto de hacerse coronar rey, pero no comenzó á hablar de ello con sus ministros hasta principios del año 1693. Tanto Danckelmann, como Fuchs y Meinders, únicos que estaban iniciados en el secreto, se mostraron, al parecer, en un principio contrarios al plan y lo reputaron irrealizable, y el embajador imperial en Berlín, Fridag, acogió muy friamente las indicaciones que sobre el particular se le hicieron. No por ello se desalentó el elector, antes bien dió orden de que el asunto se llevara adelante, y aprovechando la ocasión que le ofrecía la necesidad imperiosa que tenía el emperador de conseguir la ayuda de Brandeburgo para la guerra turca de Hungría, ordenó personalmente á su embajador en Viena, Nicolás Danckelmann, que para tratar de estos auxilios militares le visitó en Carlsbad en el verano de 1693, que después de hacer toda suerte de promesas al emperador y á sus ministros abordase con la mayor reserva la cuestión de la corona. El asunto no pudo ser encauzado desde luego, pues el gobierno de Viena se mostraba muy poco inclinado á acceder á los deseos de Brandeburgo: el Consejo imperial de Conferencia, en un dictamen de julio de 1694, declaróse resueltamente contrario al proyecto aun en el caso de que el elector se declarase dispuesto, como á ello se había brindado, á no usar el título de rey en los treinta años siguientes al de la concesión de la gracia. Al pié del referido dictamen, el emperador escribió de su puño y letra que esta pretensión era asunto de gran alcance y de malas consecuencias y que por lo tanto «había que desviarla por todos los medios posibles (6).»

(5) Observaciones autógrafas á un trabajo de Pablo de Fuchs, en Waddington, pág. 405.

(6) Memoria al emperador, de 23 de julio de 1694, inserta en Pribram, pág. 225.

A pesar de esto, procedióse, como hemos visto, á la restitución de Schwiebus. El elector pudo considerar el reconocimiento del título de duque de Prusia como base de ulteriores negociaciones, y además recibió del emperador la seguridad de que Brandeburgo siempre tendría la preferencia sobre cualquier otro Estado que quizás pretendiera la dignidad real. Esto era en realidad muy poco y fuerza es confesar que la primera tentativa había fracasado.

Sin embargo, nada más lejos del ánimo de Federico III que abandonar el pensamiento cuya realización consideraba como la tarea más importante de su vida. Los tiempos que siguieron fueron poco á propósito para volver á emprender los trabajos iniciados; pero que no se había renunciado al plan lo demuestra, entre otras cosas, el tratado firmado con el elector Maximiliano Manuel de Baviera en setiembre de 1696, en el cual los dos príncipes se obligaban recíprocamente en un artículo secreto «á conseguir para mayor lustre y prosperidad de sus casas electorales la dignidad real, y se prometían mutuamente ayudarse por todos los medios posibles para obtenerla (1).» Entretanto comenzaron las negociaciones para la paz de Ryswick, y la manera poco afectuosa y poco respetuosa con que las grandes potencias, el emperador y el mismo Guillermo de Inglaterra trataron á la embajada brandeburguesa en aquel congreso, unida al hecho de haber sido por completo desatendidas no solo las pretensiones de indemnización formuladas por Brandeburgo, sino también sus justas reclamaciones de subsidios, produjo la mayor indignación en Federico III, cada vez más convencido de que en el círculo de las potencias no se concedía á su Estado el puesto que por sus servicios le correspondía.

Entonces ocurrió la tan discutida catástrofe del presidente supremo Danckelmann: por medio de una decisión precipitada y apelando á un procedimiento violento y á todas luces ilegal, Federico III arrojó de su lado al hasta entonces omnipotente ministro y destruyó sin piedad la existencia del hombre á quien debía la educación de su juventud y la dirección energética impresa á la gubernación del Estado durante los diez primeros años de su gobierno (2).

Danckelmann, que por gracia del elector había llegado al más alto puesto del Estado sin haber pasado por las fases regulares de la carrera burocrática, fué desde luego, como no podía menos de suceder, objeto de envidias y rencores. La antigua aristocracia burocrática y muchos hombres de la nobleza cortesana se vieron relegados á segundo término por aquel advenedizo: los Schwerin y Dohna, los Barfus y Kolbe de Wartemberg y otros muchos, siempre le fueron cordialmente hostiles, y la frase sarcástica de un embajador extranjero de que en la corte de Berlín los consejeros secretos eran denominados así porque todo era secreto para ellos (3), produjo en aquellos círculos la cólera que es de suponer. Por todas estas circunstancias desde los primeros años de su gestión tramáronse contra él ocultas intrigas que cada día fueron tomando carácter de mayor animosidad hasta que por fin llegaron al objeto que se proponían.

Agréguese á esto que Danckelmann, hombre formal y rígido de quien se decía que nunca ó rara vez se le había visto reír, era un jefe poco agradable para los que estaban á sus

(1) Alianza defensiva entre el electorado de Brandeburgo y el electorado de Baviera, de 5 de setiembre de 1696, inserta en Morner: *Tratados de Estado*, pág. 804. Este tratado no fué, sin embargo, ratificado.

(2) *Caida y desgracia de dos ministros de Estado en Alemania... Colonia, 1712*. Véase Ranke: *Disertaciones y ensayos*, tomo I, pág. 73; H. Breslau: *Caida del presidente Eberhardo de Danckelmann*, Berlín, 1878; Breisig: *Proceso contra E. D.*, Leipzig, 1889.

(3) Breslau, pág. 25.

órdenes: implacable en el servicio, no toleraba debilidades ni corrupción y exigía sin consideración alguna de todos sus subordinados y colegas la misma probidad, la misma buena fe y la misma incorruptibilidad que á él caracterizaban. Era en todo superior á la mayoría de los que le rodeaban y en su índole estaba hacerles sentir su superioridad. Una de las cosas que más ofendieron á sus enemigos fué que Danckelmann, que tan pocas simpatías tenía entre los altos funcionarios, procuró hallar el apoyo que le faltaba nombrando á sus hermanos para los cargos más importantes de la administración pública: seis de ellos fueron colocados en empleos de gran influencia: uno fué embajador en Viena, otro presidente de la Cámara de justicia, otro canciller en Minden, etc., y si bien en tales nombramientos entró por mucho el afecto familiar, es indudable que todos aquellos hermanos eran notoriamente capaces y útiles, tanto que no se vieron envueltos en la caída de su hermano. Esto no obstante, la acusación de nepotismo estuvo, como se comprenderá, muy pronto en todos los labios, y «la pléyade Danckelmann», que se jactaba de gobernar por sí sola el Estado, era objeto de envidia cada día creciente.

No menos terrible animosidad hacía el poderoso ministro mostraba la electora Sofía Carlota, impulsada por razones políticas y personales. Danckelmann se encontraba en situación de oponer obstáculos á la realización de los deseos de la política dinástica de Hannover y la electora era en extremo adicta á los intereses de su familia (4). Esparcióse el rumor, que fué creído, de que Danckelmann estaba interesado en mantener la frialdad que existía en las relaciones entre los príncipes consortes y que alentaba intencionalmente esta desunión á fin de asegurar su dominio sobre el elector. Esta acusación es seguramente una invención de las habladurías cortesanas, pero se comprende, si Sofía Carlota les dió crédito, que apelara á todos los recursos para deshacerse del odiado favorito de su esposo que, además, con su austero espíritu de economía, se oponía muchas veces á satisfacer sus necesidades pecuniarias.

Federico III resistió largo tiempo tales acechanzas, pero no es inverosímil que, como algunos han opinado, la conducta de Danckelmann en la cuestión de la dignidad real fuese el primer motivo de descontento del elector. Danckelmann, en efecto, no era partidario de este plan favorito de su soberano, pues no sólo lo tenía por difícilmente realizable, sino que, aun en caso de lograrse su realización, consideraba que la hacienda brandeburguesa no estaba en relación con las exigencias del proyecto; así es que lo aceptó con no disimulada repugnancia.

Era este un punto en el cual pudieron hacer presa las instigaciones cortesanas, que cada día fueron ganando terreno. Sucedia, además, que Danckelmann no siempre tenía el buen tacto de deponer en su trato con el que habiendo sido su discípulo era ya un hombre, el tono de preceptor que usaba en los años en que Federico se educaba, con lo cual ofendía á este á menudo, sobre todo cuando no se recataba de aplicar á las prodigalidades privadas del soberano las severas reglas de orden y de economía que procuraba hacer prevalecer en la hacienda pública. Andando el tiempo, apoderóse de Federico III el convencimiento de que aquel hombre era más poderoso que él mismo y que lo era demasiado para estar al lado de un príncipe que quería ser monarca.

De esta suerte acumulóse por todos lados la tempestad sobre la cabeza de Danckelmann, que en su orgullosa confianza durante mucho tiempo no hizo caso alguno de cuanto

(4) Véase más arriba, pág. 296, su conducta en la cuestión de la primogenitura de Hannover.